

Narrar la otra historia de la Ciudad de México: el nomadismo urbano en *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska

Juan G. Gelpí
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Como parte de una exploración de la literatura y sus disciplinas limítrofes, me he dedicado a estudiar una serie de prácticas textuales de los últimos treinta y tantos años que se sitúan en la colindancia entre la historia y la literatura. La literatura que se escribe en México a partir de los años sesenta ofrece una amplia cantera para estudiar ese fenómeno. Me refiero a la literatura que acompaña el crecimiento urbano de la Ciudad de México a partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, proceso éste que se prolonga hasta nuestros días. El Distrito Federal reproduce un fenómeno que José Luis Romero ha llamado las “ciudades

masificadas” en su polémico y a la vez brillante libro acerca de las ciudades latinoamericanas.

¿Qué sucede en la literatura cuando se produce un fenómeno histórico de la magnitud de este crecimiento urbano? En el caso de México, se produce una alteración sustancial en los modos de representar los distintos niveles de la formación social. En esos moldes dinámicos que son los géneros literarios se registra un estallido que corresponde al éxodo humano de los campos y pueblos de provincia hacia la capital. La Ciudad de México se convierte, en efecto, en una de las grandes metrópolis del planeta (Bataillon y Moreno Toscano).

Después de *El laberinto de la soledad*, varios escritores han optado por otros géneros literarios e híbridos en los cuales, a diferencia del ensayo culturalista, la voz del autor se funde con otras voces, o en los cuales el autor desempeña la función de un editor o cronista de acontecimientos públicos. Me refiero a los textos testimoniales y las novelas-testimonio que comienza a escribir Elena Poniatowska a partir de los años sesenta o a las nuevas crónicas urbanas de Carlos Monsiváis o José Joaquín Blanco. Al crecimiento urbano de la Ciudad de México le corresponden unos textos híbridos que pueden leerse y recuperarse tanto desde el ámbito de la literatura como desde la historia, sobre todo de la historia oral. A diferencia de lo que sucede en toda una línea del ensayo—que arranca del *Ariel* y desemboca en *El laberinto de la soledad*—para el cual las multitudes representan un “estorbo”, estos textos híbridos incluyen a los integrantes de la multitud urbana, y les dan voz, aunque esa voz siempre esté claramente mediada por la figura del o de la intelectual que arma el texto y lo firma..

Los textos de Poniatowska parecerían matizar y

problematizar las aseveraciones de algunas historias de las ciudades latinoamericanas, entre las cuales se encuentra la que publica José Luis Romero en 1976. (Aquí habría que recordar que los textos testimoniales perturban la historiografía tradicional; tienen como una de sus metas el inscribir y singularizar a los sectores sociales que no figuran en los libros de historia o lo hacen de manera colectiva). Es innegable el valor historiográfico del libro de Romero.¹ En un artículo reciente, Rafael Gutiérrez-Girardot lo ha resumido de manera acertada.

...Romero no sólo rescató a la ciudad latinoamericana del “presentismo” que la ahogaba, ..., presentó una nueva interpretación de la historia latinoamericana que ofrecía el marco para colocar en un contexto social amplio y preciso los numerosos fragmentos, muy frecuentemente abultados, de las “microhistorias” políticas, económicas, municipales, culturales, de épocas o regiones... (Gutiérrez Girardot, 17).

Los múltiples aciertos del relato histórico de Romero no excluyen la posibilidad de destacar otros aspectos que resultan discutibles: en él se narra la historia de las ciudades masificadas estableciendo una tensión o contraposición un tanto rígida entre la sociedad normalizada y la anómica. La integración forzosa se convierte en un motivo recurrente. Los protagonistas de la masificación, que arranca en distintos puntos de América Latina a partir de los años cuarenta, desembocan eventual e inevitablemente en la integración o en la inserción en el tejido social.

Un rancho precario, quizá levantado en una noche, consolidaba la situación del inmigrante que, desde el día siguiente, comenzaba la ardua

labor de acercarse a la estructura en la que reinaba la sociedad normalizada, un acercamiento que terminaría en su integración después de un plazo imprevisible que, quizá, podía alcanzar a más de una generación. (Romero, 333).

Por otro lado, en el relato histórico que se arma en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, la caracterización de las masas se tiñe de cierta generalización. Son "...esos imprecisos grupos sociales, ajenos a la estructura tradicional" (Romero, 321-322).

Muy afines a esta manera de representar la masificación resultan los planteamientos del periodista y ensayista mexicano Fernando Benítez (1911-2000). Curiosamente, Benítez es uno de los precursores fundamentales de Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, periodistas y escritores que representan una y otra vez la complejidad del proceso de masificación de la Ciudad de México.² El modo en que representa Benítez la masificación de la Ciudad de México se apoya directamente en las observaciones del historiador argentino.

También a partir de los años cuarenta las grandes ciudades de América Latina sufrieron la invasión de sus campesinos y provincianos, y esta masificación, como escribe el argentino José Luis Romero, renovaba el problema de las relaciones entre individuos y sociedad (Benítez, 8).

Lo que Romero ve como una ofensiva del campo sobre la ciudad (321), constituye para Benítez una invasión, que, en el caso de la Ciudad de México, él ubica en la década del cincuenta. Al igual que en Romero, en la *Historia* de Benítez

se despliega, con escasas variaciones, un mismo relato de integración.³ Es curioso que el mismo periodista autor de la obra monumental *Los indios de México* y dado a explorar las diferencias culturales, a la hora de representar el fenómeno de la ciudad masificada lo haga sin una mayor matización.

Algo distinto parecería producirse en la obra híbrida de Poniatowska, en la cual, como se sabe, la historia oral se transforma a través de los procesos de ficcionalización. Jesusa Palancares, la protagonista de la novela-testimonio *Hasta no verte Jesús mío*, es una figura nómada que se desplaza a lo largo de nuestro siglo por gran parte de la geografía mexicana, aunque muestra predilección por el espacio heterogéneo de la Ciudad de México. Acierta Jean Franco, (180), al destacar el yo móvil y en tránsito de Jesusa. (Con anterioridad a esta novela-testimonio, la literatura mexicana había presentado figuras nómadas, entre otros textos, en los cuentos de *El llano en llamas* de Juan Rulfo).

La historia de Jesusa es la de una figura singularizada de las “masas” anónimas que “estorbaban” a los ensayistas en cuya obra se llevaba a cabo una defensa de la alta cultura durante la primera mitad del siglo XX. Se trata de las masas cuyas vivencias suelen silenciarse o figurar de manera discutible en los libros de historia tradicional. El relato de esta mujer que participa en la Revolución Mexicana, y que luego desempeña una diversidad de oficios, es la historia de un desafío. Su vida no se encontrará en el género del ensayo culturalista, como tampoco en la historia institucionalizada. Su historia, recogida en entrevistas y ficcionalizada por Poniatowska⁴, se asemeja más a la que estudian Gilles Deleuze y Félix Guattari al señalar la existencia de nuevas sociedades tribales o nómadas dentro de las sociedades modernas. (Se trata de grupos, bandas, minorías o márgenes que continúan

afirmando los derechos de sociedades segmentarias contra los órganos de poder de Estado). La historia de Jesusa es también un relato de resistencia a la asimilación estatal. Jesusa es un personaje cuyo nomadismo continuo podría verse como un intento de apartarse del asentamiento y la estabilidad centralizadores del Estado. (Ese nomadismo no es un desplazamiento fácil ni ideal; supone conflicto, y se asocia, en varios episodios, con la violencia). El domicilio fijo, la casa, el asentamiento, incluso si se trata de un asentamiento transgresor como un prostíbulo, resultan ajenos a este personaje errante, inquieto⁵.

Desde el presente de la narración, que se sitúa en un cuarto de una colonia popular de la Ciudad de México, Jesusa rememora su vida. Elena Poniatowska arma la novela a partir de los tres nomadismos que Jesusa ejerció a lo largo de su vida. Un primer nomadismo podría denominarse familiar y laboral, el segundo sería el revolucionario, que la lleva a acompañar las tropas revolucionarias, y el tercero es el urbano y laboral. Su relato también alude esporádicamente a otro tipo de nomadismo: el espiritual, que atañe a los desplazamientos de "...las almas muertas que andan en el espacio" (15). Ese más allá, con el cual Jesusa entra en contacto en la Ciudad de México, es de igual modo un espacio de tránsito.

El nomadismo familiar se inicia en los primeros capítulos de la novela. Estos episodios coinciden con las etapas iniciales del proceso revolucionario, concretamente con el momento en que Madero toma la Ciudad de México. El nomadismo siempre estará asociado de algún modo al conflicto; de hecho, aunará desplazamiento y conflicto. Jesusa hereda de su padre esa tendencia al desplazamiento continuo en busca de oportunidades de trabajo. Sobre esa figura con la cual sostendrá una relación bastante conflictiva, dirá Jesusa

que “él no hacía pie” (41). El proceso migratorio de los habitantes del interior a la capital mexicana se ha señalado con bastante frecuencia. La innovación de Poniatowska consiste en verlo haciendo énfasis en lo singular, en el caso de una mujer mexicana que vivió ese proceso. Además, en la medida en que Jesusa menciona nombres concretos de las personas que conoció en el proceso, se extiende esa tendencia singularizadora a otros participantes del proceso. Planteado de otro modo: la “masa” de los historiadores, tiene aquí nombres específicos e historias concretas.

En esta etapa precapitalina, el nomadismo de Jesusa en compañía de su padre se desarrolla en medio de un período histórico en el cual las alianzas políticas mudaban continuamente. Y esa inestabilidad tiñe su visión retrospectiva de la Revolución Mexicana.

Así fue la revolución, que ahora soy de éstos, pero mañana seré de los otros, a chaquetazo limpio, el caso es estar con el más fuerte, el que tiene más parque... También ahora es así (71).

A esa inestabilidad se añade una gran incertidumbre: “...casi todos caminábamos sin saber ni por dónde” (74). Ese escepticismo ante el poder aclara otra dimensión de este personaje: su desconfianza del Estado y su carácter tercamente ingobernable.

Poco después de separarse de su padre, en este ambiente de guerra y conflicto, Jesusa se ve obligada a casarse con Pedro Aguilar. El distanciamiento del padre se establece mediante una metafóricidad zoológica que insistirá en el texto: el rechazo del padre se presenta como un modo que tiene Jesusa de “..volverse perra” (78). Ese comportarse “..como perra enojada” es una variante de un elemento que

repercutirá en el texto en varias ocasiones. Si el nomadismo es desplazamiento y conflicto, buena parte de las pocas alianzas que establecerá Jesusa serán precisamente con animales. “Si los animales serán muy animales, pero bien que entienden y conocen” (85). En el período particularmente conflictivo en que acompaña a su marido, por ejemplo, Jesusa establece una alianza con su yegua indomada. Poco después se aliará con una coyotita. Estas alianzas con el ámbito animal se trabajan a partir del recurso del doble. Jesusa es indomable como la yegua, y resulta brava como la coyotita. Igualmente preferirá la compañía del perro Jazmín a la de su marido (117). Jesusa vive la conflictividad de la revolución y los abusos de Pedro. A la guerra exterior le corresponde la que se da en la relación matrimonial que pasa por el abuso físico y verbal. Se transparenta aquí un distanciamiento afectivo que caracterizará al personaje de Jesusa a lo largo del texto.

Fiel a la lógica de guerra que maneja este texto, la llegada de Jesusa a la Ciudad de México viene precedida por un combate que marca un punto de transición en la novela. Se trata de un enfrentamiento que ocurre, curiosamente, cerca de la frontera con los Estados Unidos; es decir, cerca de un espacio de tránsito o transición. Inmediatamente después de producirse la muerte de su marido en el combate, Jesusa pasa de cargarle el arma a Pedro a dirigir el combate. Esta nueva posición del personaje anuncia la tercera etapa de su recorrido: la del nomadismo urbano. A partir de la muerte de Pedro, y de manera semejante a su situación en la capital, Jesusa está sola y en pie de lucha. Como para subrayar el carácter de guerra que ha tenido su vida, en un pasaje en que se interrumpe la rememoración, comenta Jesusa en el presente de la narración: “Aquí estoy todavía dando guerra” (133).

La llegada de Jesusa a la Ciudad de México se produce cerca de la mitad o centro de la novela: entre los capítulos

12 y 13, de un total de 29 que contiene el texto. Atrás deja los despojos de Pedro Aguilar, cuyo cadáver se comen los coyotes; es decir, uno de los aliados simbólicos o dobles de Jesusa.⁶ Para marcar aún más el paso a otra etapa de su vida-guerra, Jesusa narra cómo entierra a Pedro en María, Tejas (130). Cruza la frontera y vuelve a México para iniciar su nueva vida-guerra. La llegada a la capital se inicia con un despojo: al tratar de transbordar a otro tren que la llevaría a su tierra, el cargador le roba las cuatro maletas o “velices” (132) en las que cargaba todas sus pertenencias. Si más allá de la frontera deja el cadáver de su marido, en ese otro espacio de tránsito que es la estación de tren la despojan de todo justo antes de entrar a la Ciudad de México. Este despojo o acto simbólico de guerra sirve para escandir el texto y para marcar la llegada a la capital como una nueva etapa del nomadismo en el cual, como ya se vio, se conjugan desplazamiento y guerra o conflicto.

Su llegada a la Ciudad de México se inicia con un caminar que se narra de manera hiperbólica: “Estuve caminando mucho, mucho tiempo, como diez meses me imagino yo. Y no comía nada”(138). Esa exageración marca el inicio del desplazamiento continuo, el cambio de oficio y los conflictos recurrentes. Hay un momento en que Jesusa estuvo a punto de establecerse en un oficio y un lugar: cuando se desempeñó como administradora de un prostíbulo. Sin embargo, opta por reanudar su desplazamiento: “Agarré mi camino” (175).

En la medida en que es recurrente el desplazamiento, Jesusa narra una y otra vez los pormenores de su nomadismo y las dificultades que acarrea su integración fallida a la ciudad. Al final del relato, Jesusa vive en un cuarto de vecindad del cual podría mudarse una y otra vez. A esa inestabilidad se le añade la soledad del personaje, que es otra constante.⁷ Ahora bien, ese nomadismo urbano cobra otro sentido si

se lo integra al sistema cultural y literario en el que surge. La historia oral de Jesusa, que Poniatowska transcribe y ficcionaliza, dialoga con otras representaciones urbanas de la modernización en México. No me refiero únicamente a los textos más evidentemente urbanos, como sería *La región más transparente* de Carlos Fuentes, sino más bien a la ensayística cultural de Samuel Ramos y Octavio Paz. No se suele leer estos ensayos como lo que bien podrían ser: respuestas del sector intelectual urbano a la modernización. Los ejes del desplazamiento, la soledad y el conflicto también se advierten, aunque de un modo acaso más sublimado, en la construcción del sujeto intelectual articulado a partir de la fobia que atraviesa la ensayística. La gran diferencia entre la ensayística y la novela testimonial que “narran” Jesusa y Poniatowska estriba en que el sujeto del ensayo reprime la práctica urbana del paseo por la ciudad y la rearticula a partir de una mirada posterior que le permite distanciarse de la pluralidad urbana y reorganizarla textualmente. Jesusa es, por cierto, un equivalente femenino y una representación posterior del pelado que obsesiona (con una curiosa mezcla de asco y avidez) al sujeto intelectual de Ramos. Al igual que el sujeto intelectual del Paz de *El laberinto de la soledad*, Jesusa vive la ciudad a partir de la soledad.

No me interesa leer aquí la novela de Poniatowska principalmente dentro del canon de textos testimoniales que se articula a partir de los años setenta y ochenta. Esta novela testimonial de una periodista puede también leerse en su contexto inmediato, y en la intersección que forma con otras modalidades discursivas. Al igual que Poniatowska altera mediante un uso magistral del collage el género testimonial en *La noche de Tlatelolco*, en esta novela la autora marca desvíos notables frente a otras manifestaciones del género. Como ya señaló Jean Franco (178), Jesusa no representa o

simboliza a una comunidad. En su nomadismo y en su terca y a la vez relativa soledad, Jesusa se aparta de otros protagonistas de textos testimoniales. Esto la separa, por ejemplo, del testimonio de Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos en el cual el sector intelectual que transcribe y estudia el testimonio “se solidariza” con el sujeto indígena y su comunidad. El carácter no representativo de Jesusa ha generado lecturas recientes en las cuales se destaca el elemento discolo y difícil de asimilar o consumir de su relato. Doris Sommer estudia con agudeza la dimensión ética que atraviesa esta novela y la tensa relación intersubjetiva que se da entre la “autora” y la figura textual de Jesusa. A treinta años de su “fundación”, el testimonio y sus modalidades anejas, como es el caso de la novela testimonial, van generando otras lecturas. En un ensayo que forma parte de un libro reciente, Alberto Moreiras recuerda las observaciones de George Yúdice en el sentido de que la constitución del canon testimonial está íntimamente ligado a los movimientos de solidaridad de los ochenta; solidaridad, por ejemplo, con las luchas en contra de las dictaduras centroamericanas. Al transformarse esos movimientos, plantea Moreiras, la crítica latinoamericanista del testimonio, sin tener que abandonar la solidaridad, debe plantearse el género de otro modo. Esta lectura, cuyo eje es el nomadismo urbano, pretende leer esta novela desde otro lugar.

El proyecto literario y periodístico de Poniatowska es, ante todo, la propuesta de un diálogo tenso y complejo entre la cultura letrada y la cultura popular en el cual se destacan las no menos complejas relaciones entre la historia y la literatura.

Notas

- ¹ . Para una lectura reciente de este libro, ver los ensayos de Altamirano, Gorelik y Jitrik.
- ² . El entusiasmo de Monsiváis por la obra de Benítez es evidente en la dedicatoria de *Días de guardar*, su primer libro de crónicas urbanas publicado en 1970: “A FERNANDO BENÍTEZ/ y va de nuevo/A FERNANDO BENÍTEZ”.
- ³ . “Al ocurrir la gran invasión de los cincuenta, esos millares de campesinos paupérrimos e ignorantes debieron ocupar los peores lugares del Valle. Algunos centenares de miles fueron absorbidos por las industrias, pero el ascenso no mejoró mucho su condición social. Continuaron siendo los ‘pelados’, relegados a los barrios, y debieron transformarse en una gran fuerza política para que, con el transcurso de los años, se incorporaran a la ciudad” (Benítez, 8).
- ⁴ . Sobre la ficcionalización que se da en esta novela-testimonio, ver el libro de Cynthia Steele.
- ⁵ . En un texto posterior a la novela, la autora hace énfasis en las frecuentes mudanzas de Josefina Bórquez, la mujer histórica en quien se basa para crear el personaje de Jesusa:

A lo largo de diez años la vi cambiarse tres veces de casa. Uno de sus constantes siempre fue “la renta”; el otro, la dueña de la vecindad que amenazaba con aumentar la renta. Cada vez iba a dar más lejos porque la ciudad avienta a los pobres, los va sacando a las orillas, empujándolos a medida que se expande (Poniatowska, 1989, 15).

- ⁶ . La última imagen de ese cadáver registra, de manera significativa, la desaparición de las manos de Pedro que han ingerido los coyotes. Se trata precisamente de la parte del cuerpo que empleaba Pedro para abusar de Jesusa.
- ⁷ . “Y desde entonces todo fueron fábricas y fábricas y talleres y changarros y piqueras y pulquerías y cantinas y salones de baile y más fábricas y talleres y lavaderos y señoras fregonas y tortillas duras y dale y dale con la bebedera del pulque, tequila y hojas en la madrugada para las crudas. Y amigas y amigos que no servían para nada, y perros que me dejaban sola por andar siguiendo a sus perras. Y hombres peores que perros del mal y policías ladrones y pelados abusivos. Y yo siempre sola, y el muchacho que recogí de chiquito y que se fue y me dejó más sola...” (147-148).

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2001). “Reserva irónica y pasión”. Revista *Punto de vista* Año XXIV, No. 71, 44-45.

- Bataillon, Claude (1972). *La ciudad y el campo en el México central* (Traducción de Aurelio Garzón del Camino). México: Siglo XXI.
- Benítez, Fernando (1984). *Historia de la Ciudad de México*. Volumen 9. México: Salvat.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari ([1980] 1988). “Tratado de nomadología: la máquina de guerra”, en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, (Traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta). Valencia: Pre-Textos, 359-431.
- Franco, Jean (1989). *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*. Nueva York: Columbia University Press.
- Gorelik, Adrián (2001). “Un optimismo urbano”. Revista *Punto de vista* Año XXIV, No. 71, 45-48.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (2001). “La significación continental de José Luis Romero”. Revista *Hispanérica*, Año XXX, No. 88, 5-20.
- Jitrik, Noé (2001). “La virtud del escritor”. Revista *Punto de vista* Año XXIV, No. 71, 41-43.
- Moreiras, Alberto (2001). “The Aura of Testimonio”, en *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 208-238.
- Moreno Toscano, Alejandra (1979). “La ‘crisis’ en la ciudad”, en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coordinadores), *México, hoy*. México: Siglo XXI.
- Poniatowska, Elena (1983 [1969]). *Hasta no verte Jesús mío*. México: Ediciones Era.
- _____. (1989). “La muerte de Jesusa Palancares” en Raquel Chang-Rodríguez y Gabriela de Beer (editoras). *La historia en la literatura iberoamericana*. Nueva York y Hanover: The City College of the City University of New York y Ediciones del Norte, 9-22.
- Romero, José Luis (1984 [1976]). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI.
- Sommer, Doris (1999). “Hot Pursuit and Cold Rewards of Mexicanness” en *Proceed With Caution, When Engaged By Minority Writing in the Americas*. Cambridge: Harvard University Press, 138-159.
- Steele, Cynthia (1992). “Gender, Genre and Authority: *Hasta no verte Jesús mío* (1969) by Elena Poniatowska”, en *Politics, Gender and the Mexican*

